

Infortunios

Miguel Ángel Torhton

«Hace casi un año, aquel letrero decía con simpleza: Lunes y Viernes»
UWE TIMM

Suspiras. La lluvia produce el burbujeante estrépito que llega de los cristales. El olor a café caliente, ya común en el cafetín en el que sueles sentarte todas las tardes a la misma hora, se expande por todo el lugar. Lo vuelves a oler como todos los días. Lo reconoces. Afuera, la lluvia seguirá cayendo. Hace casi tres días que llueve así y el ambiente se ha tornado lúgubre ³/₄como pocas veces en esta Ciudad³/₄, dando el aspecto de soberbia inmovilidad a las personas que recorren las calles, semejantes a estatuas envejecidas por el tiempo y las lluvias de otrora. El suelo húmedo pinta de gris el cielo que antes, según tu escasa memoria, era azul.

Hoy esperas a alguien. No es muy común que esperes a un ser humano para tomar el café contigo. Ya te has acostumbrado a la soledad y a sus pláticas absurdas. Sentado, desesperado después de tres cuartos de hora de retraso, en silencio, miras por la ventana. Puedes ver la lluvia que golpea el asfalto. Algunos coches pasan y hacen rebotar sus luces contra los charcos que han cubierto la calle, lanzando un reflejo temeroso contra el vidrio desde donde observas; al igual que tus ojos, cada rincón del cafetín se deslumbra por algunos instantes, mientras los autos fluyen por aquel arroyo tan poco transitado. Las bombillas cuelgan del techo, titilantes, refulgiendo con la escasa energía que ha dejado el apagón. Afuera las farolas no alumbran la oscuridad grisácea de la tarde. Lo sabes. La ciudad te da miedo.

Tus mordidas nerviosas han ido desgarrando el plástico de la cucharilla que usaste para agitar el café. Necesitas que llegue. No puedes pasar un día más sin arreglar el asunto. Enciendes un cigarrillo para calmar las ansias. Por un segundo tu mesa, tu rostro, el café con cenizas de anteriores cigarrillos, el mullido sillón en el que sueles sentarte, todo el escenario de esta espera recibe una luz inesperada. Piensas ingenuamente en el poder luminoso de tu cigarro. Una pareja sale por la puerta alegremente. Tras mirar a los amantes vuelves a prestar atención al mundo que se desarrolla detrás del vidrio de la ventana. Encuentras que la luz que ha llegado a tus ojos provino de un coche que acaba de estacionarse. Lo distingues. Sabes que es él. Te levantas del sillón y sonríes miserablemente. Vuelves a sentarte: el asunto no requiere de ninguna formalidad. Temes que alguien pudiera notar tu indecisión repentina y ridícula, tal vez el camarero o la cajera del lugar, que estuvieron observándote desde que llegaste. Te hundes en el sillón para evitar la vergüenza. Volteas la cabeza sigilosamente. Ni el camarero ni la cajera están detrás del mostrador. Cualquier otro día te hubiese interesado su sospechosa ausencia. Hoy no. Al verlo acercarse por el

pasillo del cafetín ha dejado de importarte cualquier otra cosa. Nada merece tu atención, nada que no sea el asunto que ha perturbado tu sueño durante meses.

Instintivamente miras el reloj. Pronto será de noche y el cielo se teñirá de un negro enrarecido por el pigmento grisáceo del atardecer. Pronosticas que seguirá lloviendo. Él se sienta en el sillón que está del otro lado de la mesa, donde tú crees que nadie se sienta para no tener que estar frente a ti. Tal vez así sea. Su aspecto tiene la sobriedad acostumbrada en él, aunque hoy notas algo diferente: parece sombrío. Afuera su auto se moja bajo la lluvia. Miras a tu alrededor y te das cuenta de que no hay nadie. Mejor así, será más fácil conversar, piensas. Sólo te engañas. Tienes un miedo mortal. Sientes miedo de sus ojos azul claros, de su cabello rubio que se quiebra perezosamente hasta caer en sus hombros, que sostienen la pesada gabardina que usa comúnmente en los días de lluvia. Temes su presencia. Miras aquellos ojos inexpresivos que le añaden a su aspecto un toque de locura y que te recuerdan al infierno. Parece desafiarte, tal vez esté a punto de asesinarte: de sacar la pistola que supones esconde en algún bolsillo interior de la gabardina para disparar lentamente contra tu cuerpo. Sin embargo, y a pesar de tus temores, el hombre hace un esfuerzo por sonreír. No puede. Es imposible. No importa. Entonces te saluda con fingida amabilidad.

—Buenas tardes, espero que no te haya molestado la tardanza.

Sus palabras y su voz son áridas. No te mira, tiene la vista fija en algún punto de un universo desconocido para ti.

Respondes a su saludo. Consideras inapropiado tocar el tema en ese momento. Decides hablar del clima y actuar con normalidad. De nuevo volteas hacia el mostrador. Todavía no está ni el camarero ni la cajera. Quizá la lluvia se los llevó. Cae un trueno. Sus ojos ahora te miran con

fijeza. Algunas gotas resbalan por su gabardina y se dirigen al suelo, lentamente. Te interrumpe.

—Hazme un favor. Mírame a los ojos. No confío en las personas que no me miran a los ojos.

Sus cabello escurre mientras cuentas que la luz se ha ido desde hace más de dos horas, que sueles tomar un café a las cinco de la tarde, siempre en el mismo lugar. Cuando empiezas a relatar algo sobre tu aburrida vida cotidiana su mirada cambia, se impacienta. Inesperadamente, te vuelve a interrumpir.

—Seguramente no me has hecho venir para que hablemos de tu vida, ¿verdad?

Ha hablado. Ahora no podrás contar la nada graciosa anécdota de los pájaros muertos que encontraste en la sala de tu departamento. Tendrás que tocar aquel molesto asunto lo más pronto posible. «Tengo que acabar con esto de una buena vez», «Alguien como él no viene todos los días con una persona como yo»; piensas al verte interrumpido por una sentencia que te ha dejado sin palabras. Tu silencio parece enfurecer al invitado. Aspiras un poco del cigarro que sigue prendido desde que llegó. Lo haces como si meditaras la mejor manera de decir las cosas. Lo has meditado desde hace un par de meses. Has sufrido largas noches de insomnio pensando en este momento. Pensabas que llegaría, se sentaría en el preciso lugar en el que está sentado, hablarían un poco de cualquier banalidad, y después de tomar un café y fumar algunos cigarros, tú, con extrema cautela, le ofrecerías una suma, le darías todos los datos y lo dejarías irse, quitándote así un peso de encima. Nada había resultado de acuerdo a lo que imaginaste con anterioridad.

Depositaste la ceniza en el cenicero vacío. Has abandonado tu café en la mesa; la ceniza lo echó a perder. Miras al hombre frente a ti. Parece exasperado. La luz titilante y escasa le da a su piel blanquecina un tono pálido. Tiene ojeras. Tose. Comienzas a plantear el asunto.

Ofreces diez mil pesos. Te mira desdenosamente. Dudas que te esté poniendo atención. Explicas: Una mujer entrada en años, en tal calle y tal número, que suele salir a tomar el sol por las mañanas, cuya puerta siempre está abierta, que duerme a partir de las siete de la noche y despierta aquejada por los dolores propios de la edad— a las siete de la mañana, que a veces prepara el té y se le quema el pan tostado, que sufre de alucinaciones y está senil, que es tu madre. Admites que preferirías que la matara cuando esté durmiendo. Su mirada hirsuta parece inculparte de un crimen que no has cometido, esa misma mirada te recuerda a la de tu madre. Sonríe por primera vez. Tal vez se burla de ti.

—¡Qué bonita historia!—súbitamente cambia el tono burlón de su voz con una mueca de seriedad indiscutible en su rostro—. Quiero veinte mil pesos, haré el trabajo cuando y como tú me digas.

Por el momento no dices nada. Sólo escuchas el golpeteo de la lluvia contra el vidrio. En el cafetín sólo están tú y él. Miras hacia la calle, en busca de ayuda. Recordando su petición, vuelves tu vista hacia sus ojos azules. Replicas que sólo tienes diez mil pesos a la mano.

—Lo demás me lo puedes pagar otro día. No hay problema. Solamente no olvides que bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si muere tu madre, debes olvidar pagarme.

Lo sabes. Asientes. Tal vez debas pedirle un préstamo a tu jefe, pues también tendrás que cubrir los gastos funerarios de tu madre: es tu deber de hijo único. No puedes creer lo que pasa. Pareces angustiado. Él nota el desangre emocional al posar en ti su mirada inquisitiva, y ríe.

—No debes preocuparte. Si te retractas sólo háblame para que cancelemos todo; aunque los diez mil pesos de hoy ya son míos.

Afirmas con la cabeza inexorablemente, mientras a tu alrededor las cosas parecen estar cada vez peor: ha caído la noche, y las escasas lámparas del lugar amenazan con desfallecer y abrirle paso a la oscuridad pigmentada por la culpa, que te rodea y abraza sin cesar. Quisieras estar en tu cama, en tu departamento o en cualquier otro lugar que pudieras considerar tuyo. Lamentablemente estas ahí: tienes miedo, hace frío y te sientes solo. Acabas de encender el último cigarrillo que quedaba y ahora la cajetilla está vacía, sobre la mesa, la misma mesa donde tu café seguramente ya se enfrió, contaminado por las cenizas de cigarro que flotan surcando un océano negro y aromático.

—Y bien ¿qué esperas? Dámelos.

«¿Qué?»; piensas estúpidamente. El hombre parece adivinar tu pensamiento.

—El dinero, los diez mil pesos. Dámelos. Tengo prisa.

Tomas la cartera, guardada celosamente en el bolsillo trasero de tu pantalón. Luego sacas el dinero, lo ordenas con tus dedos y lo entregas. No dices nada más. Quieres huir. Al recibir el dinero vuelve a sonreír, ansioso. Lo guarda precavidamente en uno de los bolsillos de la gabardina. Tú simplemente observas la lluvia que cae en el exterior, mientras algunos coches pasan —ahora lentamente por el temor a la oscuridad— siguiendo el recto camino de la calle. El cafetín recibe plenamente la luz de los coches. De haber pasado por ahí a esa hora, de no estar adentro, sentado frente a este hombre que te da miedo, pensarías que el lugar está cerrado. No hay nadie más, y el apagón deja cada vez menos luz en las bombillas de las lámparas. Al regresar de tus ensoñaciones, le encuentras hablando con respecto a sus planes: meticulosamente te aclara algunas cosas y te advierte otras. Apenas lo escuchas. En tu mente va creciendo el deseo de llegar a tu departamento y dormir hasta el día siguiente, sin soñar. Pero la realidad te asegura que sigues en el cafetín, la poderosa luz de un auto que pasa te lo demuestra.

—¿Me estás escuchando?

Asientes de nuevo, indiferente. Su voz se torna amenazante. Vuelves a suspirar, sintiendo el aire frío del ambiente entrar en tus pulmones enfermos. Si no te cuidas, el frío te provocará una crisis asmática similar a las que te postraban, dejándote al cuidado de mamá, en los inviernos de tu infancia. Pero tu madre no estará más para cuidarte, y lo sabes. En ese momento sientes unas ganas inmensas de llorar. Te quieres retractar y no puedes. Quieres pedirle los diez mil pesos que has ahorrado de tu miserable salario para matar a mamá, lo deseas tanto que incluso un balbuceo sale miedosamente de tu boca para intentar conseguir el objetivo. A fin de cuentas no dices nada. Te obligas a callar al mirar lo que surge de su abrigo que se abre por accidente. Notas la pistola negra que matará a tu madre. Te arrepientes: tal vez mamá no merezca morir.

Finalmente se despide con un gesto. Tú murmuras algunas palabras a manera de respuesta. Al levantarse del sillón, recorre con su vista los despojos de lo que eras. Procuras no hacer caso a su mirada despectiva. Agachas la cabeza. Detiene su marcha hacia la salida, a tan sólo algunos pasos de ti. Todo podría pasar. Acaso crees que



consumará aquello que temías desde su llegada. Tal vez te dispare, mientras miras al suelo. Piensas que tal vez no sería tan malo: de tus labios brota la confesión de tus pecados y la aceptación de la muerte inefable. Entonces oyes la puerta abrirse. Levantas la cabeza y te percatas de que al fin se han rendido las luces, sumiéndote en la oscuridad que ahora te cubre. Él se ha ido.

Te deslumbran, al ser encendidas, las luces de su auto. Tu sombra se refleja en la pared mientras las luces se alejan distorsionando tu oscura figura. Los faros de su auto que se pierden en la distancia, poco a poco, se apagan. En aquel momento tu sillón, el de siempre, deja de ser el mismo. Lloras y te sientes incómodo. No distingues nada. Tan sólo percibes el terciopelo del sillón en el que estás sentado y, detrás de los vidrios, la calle, alumbrada por la escueta luz de la tormentosa noche y de una farola blanquecina que aunque no sabes cómo funciona usurpa a la luna en el cosmos de esa noche lluviosa. Tus pensamientos más profundos no pueden ser contados mientras lloras en la oscuridad.

Entonces decides salir. Te mueves bruscamente. Odias todo y a todos, en especial a ti mismo. Tiras la mesa. Cae el café frío, enviando a los viajeros de ceniza hacia un mar limitado por el suelo que rodea los manchones de café. Así, en el naufragio insoslayable, esperaran hasta que vuelva la luz y los encargados del lugar dejen por unas horas sus pasiones secretas y los hallen en el suelo, esperando su fin. Al avanzar hacia la puerta, tambaleándote, pisas accidentalmente el charquito de café. Te sientes desorientado. Tal vez mamá pueda perdonarte. Tal vez, después de que todo esto pase,

intentarás irte lejos a buscar otra ciudad donde no llueva tres días seguidos, donde no necesites personas de aspecto macabro para asesinar a tus recuerdos, donde al fin no necesites ser tú. Las verdaderas culpables de tu desdicha son la ciudad y la maldita lluvia que no para. Lamentándote en medio de cavilaciones absurdas, cruzas la puerta.

Al encontrarte, después de algunos minutos de haber salido del cafetín, inerte en la calle ante la lluvia interminable, alumbrado por la farola a la que no le encuentras razón pero que se parece tanto a la luna, tras quedar empapado por tus propias lágrimas, la lluvia y el agua de los charcos que algunos coches sin miedo a la oscuridad arrojaron sobre ti, la luz volvió. Toda la ciudad, exceptuándote, recobró vida. Los parques y las banquetas se llenaron de gente que disfrutaba de la lluvia, mientras tú, arrastrando los pies, volvías a tu departamento. El cafetín se llenó de gente como en sus mejores años. Alguien ocupó tu lugar y el camarero limpió los despojos. Las calles estaban repletas de personas con paraguas de colores, a la luz artificial de las farolas. Y aquella farola, la única prendida mientras duraba el apagón, oscureció de repente, cumpliendo satisfactoriamente su labor emergente.

Los carros siguieron avanzando, y la lluvia, y la gente, y los amargos cafés del cafetín. Pero tú, cumpliendo la condena que impuso sobre ti el apagón que te desapareció del mundo de las personas, cruzaste el umbral de tu departamento, tras girar la llave y abrir la puerta que daba a la triste oscuridad de tu hogar. Aquella noche soñarás con mamá, en la soledad de tu cama.

La tarde de ayer visité a mi madre, después de cavilar la noche entera en la oscuridad de mi cuarto. La noche fue alargando sus horas en el desasosiego de mi desvelo, y así, lenta y dolorosamente, fui descubriendo la tristeza de la mañana lluviosa que llegaba hasta mí con la tentación de aquella visita culpable. Somnoliento al amanecer, dormí tranquilamente lo que restaba de la mañana. En la tarde visitaría a mamá, tal como había acordado en mis reflexiones nocturnas.

Hoy, al cumplirse el primer día de aquella visita tortuosa, obligado por el insomnio que no me abandona y por la insoportable pesadilla que me perturba como algo real, decidí sentarme a escribir. La escritura es una actividad nefasta. Al releer el primer párrafo me he encontrado con la terrible persistencia de las palabras que se van convirtiendo súbitamente en hechos, produciendo que aquella mañana vuelva a mi memoria parcialmente, obligando a mi pobre imaginación a rellenar los espacios que ha dejado la tinta. Tal vez cuando termine mi relato pueda abandonar estas hojas de papel en las que escribo, sentado en el frío escritorio contiguo a mi cama, para envenenarlas con el olvido silencioso y la distancia a la que estaré cuando otros ojos —que probablemente no sentirán el mismo miedo que yo al leer el primer párrafo— miren las hojas y las condenen a la basura, sitio en el que debieron estar desde siempre. Finalmente, todo estará y estaría mejor sin esta historia abominable...

Ayer, al salir de mi departamento, enlodando mi único par de zapatos al caminar las once calles que separan mi residencia de soltero de casa de mamá, me encontré con la tristeza deambulando por las calles que conducían al

pórtico de la casa de mi infancia, bajo la lluvia que caía nerviosa. Al subir los cuatro escalones que conducen al pórtico, miré las casas del vecindario, alumbradas como pequeños palacios anónimos en medio de la ciudad. La casa de mamá —con las luces apagadas y las cortinas cerradas— mostraba un lastimoso abandono en comparación con las demás. Sumido en la melancolía de aquel escenario, giré la manija de la entrada, contemplando la posibilidad de ya encontrar muerta a mi madre. Al abrirse, la puerta rechinó.

Una espesa capa de polvo cubría todo lo que había en el primer piso: el gato muerto en un rincón, los muebles, los pisos, las ventanas y otros artificios, liderados por el antiguo reloj del siglo XIX y el cuadro de un pintor desconocido. Sorpresivamente, la cocina estaba impecable. El olor era profundo y desagradable, pues al parecer todas las ventanas de la planta baja estaban cerradas. Conteniendo la respiración, subí las escaleras apresuradamente.

Mamá estaba sentada en su mecedora mientras veía llover detrás de la ventana. Aquel vidrio poseía una claridad inigualable, que me condujo al falaz presentimiento —tal vez producido por el monótono sonido de la lluvia que taladraba en el solitario silencio de la alcoba de mi madre— de que un grave vacío dejaba entrar a la lluvia por el marco de la ventana y, de esta forma, el agua comenzaba a mojar el suelo, elevando centímetro a centímetro su nivel hasta inundar todo el cuarto, sumergiéndonos a ambos en un ambiente de asfixia ultramarina. Todo era culpa de aquel vidrio que parecía no existir. Al despertar de mis ridículas ensoñaciones, mi

madre seguía sentada, sin percatarse todavía de mi llegada.

Desde niño tengo la sospecha de que mamá me odia. Todavía hoy desconozco los motivos, aunque los fundamentos de mi peculiar creencia provienen de hechos muy concretos que han ido sucediendo desde mi niñez, y que no dejan de repetirse hasta hoy en día. Cargo en la memoria los momentos en que recurría a ella sin ninguna reacción de su parte; a veces, cuando así lo deseaban divinas voluntades superiores a la mía, mi madre me respondía frunciendo el entrecejo o elevando ligeramente el labio inferior, manteniendo siempre un silencio que me llenaba de desconcierto. Ayer no fue la excepción. Al acercarme a ella con inútiles preguntas y fingido interés en su vida de viuda solitaria, jamás manifestó intención alguna de responderme. Ni siquiera me miraba; al contrario, procuraba mantener sus ojos en la ventana como si la esperanza fuera llegando con la lluvia. Recuerdo que sólo me miró cuando se lo pedí tajantemente —imitando la petición de uno de los seres más deleznable que haya conocido, produciendo una mirada desgarradora de parte de mi madre—. Así, en el más profundo de los silencios, aquel par de ojos rasguñó mi alma, dejando que la culpa se escapara impunemente por laberintos desconocidos. Necesitaba escapar del remordimiento. Entonces bajé a la cocina por un vaso con agua, repitiendo en silencio la misma sentencia un millón de veces. Yo decía con franqueza: «Tal vez mamá no deba morir». A pesar de mis reflexiones, la culpa me lo recuerda: he sido yo quien la mandó matar.

Al regresar al cuarto de mi madre —tras apreciar con extrañeza la impecable cocina en medio del ambiente repulsivo del primer piso— nos sumimos en el silencio habitual. Luego de algunos minutos le dije que dejaría dinero en la cocina para sus gastos cotidianos. (No lo hice, no tenía sentido). Entonces el silencio se volvió más pesado, tan sólo interrumpido por las gotas nerviosas de lluvia que seguían cayendo. El cielo era gris y, dentro de mí, crecía la furia de verla sentada tranquilamente mientras en mi pensamiento sobrevolaban varias maneras para que su asesinato pareciera un suicidio. Realmente me exasperaba su tranquilidad. Deseé ahogarla con mi chamarra; arrojarla desde la ventana; ir hacia la sala de armas de mi difunto padre y tomar la primera escopeta que viera para disparar contra ella de una buena vez. Tal vez fue mejor no haber cometido ninguna estupidez. Simplemente apreté los dientes, hasta que las mandíbulas comenzaron a dolerme, despejando mi ira. Serenamente

decidí sentarme a su lado, fingiendo una sonrisa. Ella seguía mirando a la ventana. Pronto, inusualmente, escaparon de mi boca algunas palabras que luego no pude detener: hablaban sobre mi vida, de la ciudad y de las calles que ella había transitado cuando era joven, de mi monótono trabajo donde tal vez (mentía) me darían un aumento, de la gente que amaba y que comenzaba a olvidar debido a la cercana certeza de la distancia que nos separaba indefinidamente.

Mi madre me miró por primera vez, compasiva. Cuando era niño me miraba de la misma manera, como si con el ridículo entrecerrar de sus ojos pudiera ver el mediocre futuro de su único hijo; inmediatamente, tras realizar los augurios deleznable sobre mi vida, abría los ojos de par en par, percibiendo al pequeño, al joven, al adulto enfermizo y hosco que había sido su hijo. Ella siempre decía que ni comiendo dos vacas enteras me podía componer, que ya era un caso perdido. Entonces, cuando ella regresaba a atender sus ocupaciones como ama de casa, yo, oculto debajo de mi cama, lloraba frente aquella indiferencia suya, jurando demostrarle algo que todavía hoy no conozco. Así, cuando ayer sentí su mirada, de inmediato bajé al primer piso, donde mis lágrimas corrieron por el suelo, agrias y calientes. En algunos minutos dejé de llorar, obligando a que el odio sustituyera al llanto. Juré que le demostraría a mi madre... Y el gato muerto en un rincón me miraba, desde la entrada de la cocina; tal vez me pedía que lo ayudara a meter su cuerpo pútrido en una bolsa, antes de que las ratas llegasen para comérselo. Alrededor del cadáver los muebles envejecían y parecían haber sido devorados por las polillas. El reloj marcaba las seis de la tarde y solamente dos veces al día estaba bien. Las viejas fotos parecían más viejas todavía por el tono amarillento que habían tomado con los años. El olor que desprendían los objetos era nauseabundo. Saliendo de la cocina, caminé hasta la puerta de entrada, que volvió a rechinar cuando la abrí. Tentando mis bolsillos, me percaté de la ausencia de mi tradicional cajetilla de cigarros (que ahora me acompaña para escribir). Algunas gotas de lluvia extraviadas de la colectividad me mojaban la cara; los charcos del pórtico ensuciaban mi pantalón y mis zapatos. (Tal vez, debido a esto, me enfermaré y no tendré a nadie para cuidarme ahora que mamá esté muerta; porque eso sí, siempre cuidó de mis enfermedades, justificando que a un niño tan chico no se le puede dejar solo contra sí mismo). Las lágrimas que habían quedado en mi cara se confundieron con la lluvia. Inhalé aire por la nariz. La puerta permanecía

abierta, mojando el suelo del recibidor de mamá y ventilando, escasamente, el insoportable olor de aquel lugar que aborrezco. Reentré. Después de algunos minutos, al comenzar a percibir una nueva atmósfera, cerré la puerta con un chillido de engranes.

Subí para despedirme de la vieja. Al llegar arriba pude observar la silueta de mamá, que se había levantado de la mecedora y apuntaba un pesado rifle que alguna vez perteneció a mi padre. Al verme bajó la guardia. Lo extendió hacia mí con la temblorina de su mano, y con un hilo de voz que hacía mucho no se escurría por sus dientes amarillos, me dijo:

—Si vas a hacerlo, hazlo ya. Dispara rápido. No me decepciones en esto, por favor.

No dije nada. Quedé paralizado, mirándola asustado. Si tan sólo hubiera encontrado la razón para hacerlo, seguramente la habría matado. Si tan sólo lo hubiera hecho... No era nada difícil. Simplemente tomar el arma que me extendía y accionarla bruscamente, perforando rápidamente el pecho de aquella mujer de noventa y cinco años que me había amamantado en su juventud. Sin pensar en nada, salí del cuarto. Acaso creí que mamá me dispararía al encontrarme inerte y de espaldas frente a ella. No lo hizo, y probablemente no lo haría nunca. En el piso de arriba, el olor de la crema para manos que usaba mi madre todas las mañanas después de bañarse —a modo de peculiar rito que cumplía fielmente desde mis días de infancia— parecía nublar los pasillos lúgubres y oscuros que llevaban a la escaleras. Dubitativamente, bajé dos escalones. Me detuve. Podía salir de aquella casa para no volver nunca, aunque el recuerdo de mi madre me detenía y me atraía de vuelta hacia su cuarto. Vacilante, volví sobre mis pasos. De vuelta en la alcoba, pude ver a mamá sentada en su mecedora, viendo caer la lluvia inextinguible —que ayer llevaba sólo cuatro días— con la mirada perdida en un punto fijo de la calle. Noté que sostenía el rifle con la mano derecha, a un lado suyo. Enseguida, para distraer el momento, volví a hablarle de una novia que no tengo, del financiamiento para un coche que no puedo pagar, de la maldita renta que cada día sube más. Todo le conté acerca de la mediocre persona que ella parió. Seguramente le daba muchísima lástima. Tal vez era yo el que debía morir.

Suavemente intenté arrancar de sus manos el rifle. Sus manos crujieron débilmente y me lo entregaron sin protestar. Entonces lo llevé al cuarto de armas y premios de mi padre, donde permanecerá por toda la eternidad. Cuando regresé a la alcoba nos miramos y lloramos por

dentro. Era cierto. Los dos debíamos morir. Nuestras vidas no tenían sentido.

Por primera vez, sin palabras, hablamos de madre a hijo. Ella dirigía sus pensamientos disfrazados con miradas tiernas. Entendía lo que decía y ella también me comprendía. Por mucho tiempo estuvimos así, hasta que detrás de la ventana se asomaron las farolas que anunciaban el inicio de la noche. Entonces yo justifiqué mi partida con algún pendiente en el trabajo o con alguna cita con la novia que no tengo. De cualquier manera, ella lo sabía todo. Éramos ahora cómplices de los infortunios que nos acaecían.

—Espero que no tardes mucho en venir a matarme— me dijo cuando crucé la puerta.

No recuerdo lo que dije. Ella solamente desvió la mirada, como cuando a mis ojos era la mujer más alta del mundo, aquella que yo no podía alcanzar ni subiéndome en el banco de la cocina. Hoy la veo como una mujer pequeña, disminuida por el tiempo, sentada en su mecedora mientras ve llover, con las horas contadas.

(Vuelvo a escribir después de una siesta sin sueños que me venció sentado en mi escritorio, mientras escribía el párrafo pasado con alguna satisfacción. Quizás nadie lea estas hojas jamás; aún así, puedo sentir la dulce liberación que se escapa por las letras que conforman mi relato. ¡He vuelto a dormir!)

Salí de casa de mamá y caminé hasta mi departamento, viendo a la gente y pasando inadvertido ante sus ojos. Subí los cuatro pisos que separan mi departamento de la planta baja del edificio. Al llegar a mi cama, rodeado de la oscuridad que produce un cuarto sin ventanas, me sorprendió el insomnio como un visitante nocturno. Curiosamente, siempre he tenido cierta facilidad metódica para dormir, la cual fue sustituida por el devenir de los pensamientos que volaron sobre mi oreja y mi razón como grandes moscas, paseando cerca de mí, fatigándome y enloqueciéndome. Cuando la luz matinal de un día nublado $\frac{3}{4}$ el quinto de lluvias $\frac{1}{4}$ llegó hasta la puerta de mi cuarto a través de la ventana de la sala, descubrí una extraña rigidez en mi cuerpo engarrotado, imposibilitado para realizar cualquier movimiento. Ya no pensaba en nada. No sé tampoco cuánto tiempo pasó. He perdido mi reloj y ahora desconozco el tiempo de las personas. Tal vez así sea mejor.

Después de pasar varias horas inerte sobre la cama; después de escribir por varias horas en la mesita de mi cuarto, esperando con angustia una llamada que jamás llegó; después de concluir el relato que ha terminado con

mi vida, por fin empiezo a sentir que la paz llegará en algún momento. Tal vez el insomnio no vuelva jamás.

Mamá morirá en estos días. Yo probablemente me iré de esta ciudad que inunda mi vida de soledad y desasosiego. En alguna otra ciudad también yo seré otro, tal como siempre he querido ser. Y así será. Ahora creo que tal vez matar a mamá no fue tan mala idea, después de todo.

Las cosas cambian rápidamente. Desde la ventana de la sala he visto caer unos ligeros copos de nieve que acompañan a una lluvia que cada día es más débil. Todo se transforma. Mis zapatos ya se secaron y ahora sólo quedan algunas huellas del lodo de ayer. Todavía no encuentro mi reloj. No le doy importancia. En el futuro tendré otro tiempo. Hoy ya no me sirve de nada.

En la estación de tren la gente va de un lado para otro. Algunos pasajeros caminan nerviosamente por los alrededores; otros, exploran con la mirada cada detalle de la estación: las personas, los relojes negros, las incómodas sillas formadas en hileras; algunos más, aquellos que viajan acompañados, conversan alegremente; otros tantos —entre los que figuras tú— recorren solitarios los pasillos, con la mirada fija en el futuro. Casi todos los pasajeros se entusiasman fugazmente con la velocidad de los trenes que llegan, anunciando bienvenidas y despedidas sublimadas por el sentimiento de lejanía que crece alrededor de las vías abandonadas. Al acercarse el tren en el que huirás, el entusiasmo rompe las barreras de tu desdicha. Al subir al tren, tú también formarás parte del movimiento perpetuo que impide que los trenes se atasquen en las vías y que los relojes, súbitamente, comiencen a girar hacia atrás.

La estación cubre a los pasajeros de una lluvia que ya lleva una semana. Pronto acabará para ti. Este pensamiento esperanzado vaga en lo profundo de tu mente e inunda tu cuerpo de una extraña alegría. Ya no recuerdas la última vez que te sentiste así. No le das importancia. Acaso piensas en lo que diría tu jefe de verte huir así, en un día normal de trabajo. Imaginas, porque en tu mente revolotean un centenar de situaciones imaginarias, lo que pasará en el futuro. El porvenir lo vislumbra en aquella ciudad desconocida. Atrás queda este lugar en el que naciste y que, ahogado por lluvia, va muriendo lentamente. Las manecillas de un reloj negro te distraen de tus pensamientos. En veinte minutos te irás, para no volver.

Te sientas en una de las incómodas sillas. Sacas un libro del bolsillo y te dispones a leer, buscando mientras

tanto la posición más cómoda para tu lectura. Después de algunos minutos de forcejeos corporales, finalmente cruzas las piernas mientras recargas el cuello en el respaldo de la silla. La gente se mueve y escuchas el movimiento de sus pasos y sus maletas en el andén, avanzando juntos. Más allá, en las vías, tu tren espera mientras la lluvia cae encima de él, precipitadamente. El ruido, la excitación y lo intangible te desconcentra de tu lectura. Pronto te rindes al no poder terminar de leer un párrafo, y devuelves el libro al bolsillo de tu saco. Decides observar. Miras, entrecerrado los ojos, como abstrayendo, las maletas que pasan: negras y modernas, de piel marrón o de vivos colores juveniles. La mayoría de las personas viaja sola en esta estación. Tú sigues observando. Dos muchachos se despiden apasionadamente, con algunas lágrimas en los ojos. Una madre con su hija en brazos camina con mirada solitaria. Los niños juegan entre las hileras de sillas y los viejos se emocionan con el recuerdo vivo de los trenes.

Te levantas del asiento. Las luces de la estación iluminan cálidamente las paredes de ladrillo, produciendo un ilusorio ambiente hogareño. Hay una pequeña cafetería al final del andén. Tu tiempo es reducido. Algunas personas comienzan a abordar. Decides ir a comprar un café. Mientras te diriges al expendio, observando cada detalle del andén, enciendes un cigarrillo.

Te sientas en una pequeña banca a tomar el aguado café que acabas de comprar. No te molesta el precio que pagaste por un café tan raquítico. Simplemente lo endulzas y lo bebes, cuidadoso de no quemarte. En la cafetería vendían ejemplares del periódico del día. En contra de tu costumbre, lo compraste. Hoy todo te parece diferente, hoy sientes al olvido de cerca, invitándote a formar parte de sus vanidades.

Mamá reapareció en la página ocho del diario matutino, en una mal lograda fotografía donde se le ven los pies y el cuerpo cubierto con una sábana blanca. Terminas tu café y lo tiras a la basura. Lees el diario. Entrevista con los vecinos que la hallaron muerta en su casa: Comentan que era una mujer terriblemente sola. Luego aparecen cuatro líneas de la escalofriante narración del hallazgo del cuerpo de mamá, al mediodía de ayer. El reportero refiere la tristeza que se sentía al atardecer, en el entierro de tu madre. El artículo termina con una dramática condena en contra del suicidio y de los hijos desinteresados. En la misma hoja se anuncia un asilo para ancianos que abrió recientemente el gobierno. Llegas a creer que mamá se suicidó. Nadie lo puede negar. No sientes remordimiento. Piensas que ya todo acabó.

Suspiras. En el suspiro llegan los recuerdos del día anterior: la tenebrosa visita en que entregaste el dinero obtenido de un préstamo que no piensas pagar; una petición para que el asesino realizara su trabajo en un plazo incluso más corto de lo que imaginaba; la noticia de la muerte de tu madre, recibida mientras preparabas los funerales; tu asistencia al entierro en el declive día. Al anochecer todo había terminado.

El tren está a punto de partir cuando tú, cuidadosamente, subes la pequeña escalerilla que te lleva al interior. Cargando la maleta recorres el pasillo hasta encontrar tu vagón. Entrás, acomodas tus cosas, vuelves a sacar el libro del bolsillo y observas la estación y sus luces. La ventana está abierta y te mojas con la lluvia. Intentas cerrarla. Lo logras, tras un leve forcejeo. El interior del vagón es cálido y el sillón, donde dormirás la mitad del viaje, parece confortable. Falta poco para que el tren comience a moverse. Escuchas la puerta al abrirse: es la mujer con la niña en brazos que se sienta en el sillón de enfrente. Se sienta sin importarle tu presencia. Apenas te saluda. La miras. Ella desvía la mirada hacia la ventana y ve tranquilamente la estación. Se escuchan los sonidos propios de un tren a punto de partir. La niña, que tiene un gracioso gorrito rosa en la cabeza, dormita plácidamente. Su madre te mira. Le sonrías.

—Buen día ¿Cómo se llama?

Le das un nombre que no es el tuyo, sorprendido por la repentina confianza de la mujer. Le preguntas su nombre. Te responde de inmediato. Es un nombre muy bello, se lo dices. Ella sonrío.

—¿A dónde va?

Respondes vagamente. Asiente desconcertada. Te dice a dónde va. Lanzas una mirada de sorpresa ante su extroversión. Ella se cohíbe. Tal vez cree que ha sido imprudente. Le miras con una sonrisa y le dices que tal vez bajarás en el mismo lugar. Vuelve a sonreír. Sus ojos verdes tienen un brillo encantador que sólo tú notas. Sus ropas desgastadas le hacen lucir una figura pequeña y triste, aunque soberanamente linda. Te dispones a leer. Te pregunta sobre tu lectura y comienzan a charlar animadamente. Tal vez sea por eso que la gente viaja sola.

El tren todavía no se mueve. Lleva un retraso apenas notorio. La mujer del bello nombre te dice que va a dormir. Recuesta a su hija en una cunita de madera que lleva cargando desde que llegó, y cierra sus dulces ojos verdes sin esfuerzo. Comienza el movimiento de la gigantesca máquina de hierro en la que viajas. Has olvidado tu

periódico en la banca donde tomabas el café. No importa más. El olvido ya está cerca.

Mientras el tren adquiere velocidad, la lluvia cae sobre las personas que agitan la mano en el andén, a modo de nostálgica despedida. Ya no eres el mismo. Has cambiado tu nombre. Ahora eres quien la mujer cree que eres, mientras dormita, pensando en ti. Dejas el libro a un lado tuyo —porque no has podido leer nada— y te asomas por la ventana del vagón, que es golpeada por la lluvia que se ha ido convirtiendo en una brisa ligera.

La estación va quedándose atrás, lentamente. Las vías describen un camino sinuoso que recorres a la velocidad del tren, mientras observas de lejos los lugares que formaban parte de tu rutina diaria. El camino que recorre el tren parece irlos borrando y olvidando. No cualquiera puede reinventarse, dice tu libro. Tal vez sea cierto.

La lluvia cae sobre la ciudad. Moja la estación del tren, y los modernos edificios de grandes ventanales. Moja los departamentos, las casas y todas las calles de la ciudad. Moja el cafetín donde solías tomar café a las cinco de la tarde y moja el viejo edificio donde naciste. Supones que cae provocado un sonido casi musical sobre la tumba donde enterraste a tu madre, mojando el mármol de su lápida inmortal. La lluvia lo mojará todo hasta que las gotas se acaben. Tú lo sabes. Y cuando la lluvia termine la gente caminará de nuevo sin enlodar sus zapatos, sin pavonearse con paraguas de colores. Pronto la ciudad olvidará el cielo gris y la hierba crecerá rápidamente en todos los rincones de la ciudad, hasta cubrirla por completo. La ciudad irá y vendrá, todo cambiará y seguirá cambiando infinitamente, aunque tú no estés. En el cafetín ya hay alguien que ocupa tu lugar. Tu departamento se vuelve a rentar a algún desconocido.

La ciudad se va quedando atrás. Te despides de ella. Las vías se van alejando y la estación es apenas un punto luminoso. Algunas millas adelante la lluvia dejará de caer. Dormirás hasta la siguiente estación. 🌧

* Texto ganador del Premio Nacional Narrativa Laguna 2007 (hasta 18 años).